

238
G

BX1751

G3

V.3

Es propiedad.



Biblioteca Universitaria
Capilla Alvarista



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

CATECISMO DE PERSEVERANCIA.

PARTE SEGUNDA.

LECCION I.

ESTADO DEL MUNDO CUANDO VINO EL MESÍAS.

Estado político y religioso de los gentiles. — Dominación romana. — Idolatría. — Estado político y religioso de los judíos. — División de su territorio. — Dependencia de los romanos. — Sectas: Fariseos, Esenios, Saduceos y Herodianos.

Acabamos de dejar el mundo antiguo, y pisamos ya el mundo nuevo donde deben cumplirse, verificarse y completarse las promesas, figuras, profecías y documentos cuya historia ha ocupado por tanto tiempo nuestra alma y ha hecho latir nuestro corazón. Antes de pasar adelante, aprendamos á conocer ese mundo nuevo, testigo de tantas maravillas.

El imperio romano, que, según la profecía de Daniel, debía derrocar y absorber todos los demás imperios, había llegado al apogeo de su gloria, y abarcaba en su vasto seno casi todas las naciones conocidas. Augusto, vencedor por mar y por tierra tras una prolongada y sangrienta lucha contra sus numerosos rivales, se sentaba tranquilamente en el trono de los Césares, y toda la tierra descansa-

saba en el regazo de la paz, si es permitido dar este nombre á la calma momentánea del esclavo embrutecido y cargado de cadenas.

En efecto, todas las naciones, convertidas en tributarias de los romanos, gemian bajo el despotismo mas duro que haya pesado jamás sobre el mundo; todas á excepcion del pueblo judío yacian sumidas en las tinieblas de la idolatría, el universo no era mas que una inmensa mazmorra y un vasto templo de ídolos, y nunca habia sido tan profunda ni tan universal la corrupcion: los hombres no se avergonzaban de ofrecer incienso á las divinidades mas ridículas é infames. Aquí adoraban al sol, á la luna, á la tierra, al agua y al fuego; allá se prosternaban ante los bueyes, los gatos, los cocodrilos, las serpientes y hasta las legumbres que crecen en los huertos. No se contentaron con trocar los animales en dioses, sino que convirtieron los dioses en animales, pues se les atribuyó las mas brutales pasiones, y poblaron el Olimpo de habitantes tan abominables, que se les castigaria en este mundo como viles malvados, y su ejemplo, léjos de inclinar á la virtud, no les ofrecia otro cuadro de felicidad que crímenes que cometer, é inclinaciones que satisfacer. No dirémos cuáles eran las ceremonias con que los diferentes pueblos honraban á aquellos dioses inmortales; todas las almas pudorosas saben la razon de este silencio.

La gravedad romana no trataba mas sériamente á la religion; consagraba por una parte en honor de los dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores; es decir, todo lo mas corruptor y bárbaro que puede imaginarse, y por otra parte adoptaba todas las divinidades de las naciones que habian encadenado á su carro sus generales. No hubo un ídolo, ó un culto, por absurdo que fuera, á los cuales no ofreciese un asilo la reina del mundo, de modo que llegó á contar ochenta colegios de sacerdotes y sacerdotisas y treinta mil dioses. Los sabios y los filósofos eran impotentes para arrancar á los pueblos de tan profundo abismo, y aun con mas frecuencia eran los cómplices de sus errores y de sus desórdenes: ninguno de aquellos hombres tan ensalzados dejó de profesar máximas que no podrian reproducirse sin rubor.

El linaje humano, dice Bossuet, habia llegado al extremo de ser incapaz de tolerar la menor idea del verdadero Dios. Si alguno se atrevia á enseñar que las estatuas no eran dioses, como lo entendia el vulgo, se veia obligado á desdecirse, y además era desterrado como un impío. Toda la tierra estaba poseida del mismo error, y la

verdad no se atrevia á aparecer en ella: el Dios criador del mundo no tenia templo ni culto mas que en Jerusalem.

Tal era el estado de las naciones en el momento en que Dios iba á cumplir la promesa tan frecuentemente reiterada de un Reparador, encargado de arrancar á los hombres de sus tinieblas y sus vicios.

Tambien el pueblo judío, el único que habia conservado el conocimiento y el culto del verdadero Dios, tenia necesidad apremiante del Mesías, pues mucho tiempo hacia que habia principiado, no á olvidar al Dios de sus padres, sino á mezclar en la Religion supersticiones indignas de él. Se habian formado en Israel cuatro sectas principales: los Fariseos, los Saduceos, los Esenios, y los Herodianos. Como se habla de ellos con tanta frecuencia en la vida de nuestro Señor, vamos á darlos á conocer, pues esta nocion es utilísima para entender el Evangelio.

La secta de los Fariseos principió entre los judíos bajo el reinado de los Macabeos, y desde la época de Jonatás, hijo de Matatías. Los Fariseos pretendian que Dios habia añadido á la ley dada en el monte Sinaí un gran número de ritos y de dogmas que Moisés habia hecho pasar á la posteridad sin escribirlos; agregaban, pues, al texto de la ley las tradiciones de los antiguos que se habian conservado sin escritura, y sosteniendo en el fondo la buena doctrina, mezclaban en ella muchas supersticiones que acreditaban entre el pueblo con su conducta.

Vivian en medio del mundo, muy unidos entre sí, llevando una vida sencilla y severa exteriormente, pero en su mayor parte apegados á sus intereses, ambiciosos, orgullosos y avaros. Preciábanse de ser extremadamente exactos en la práctica exterior de la ley; pagaban el diezmo no solo de los frutos principales, sino hasta de las yerbas mas insignificantes, como el comino, la menta y el mijo; observaban el sábado tan escrupulosamente, que echaban en cara como un crimen á nuestro Señor el haber mojado en dicho dia un poco de tierra en la punta del dedo para curar á un ciego, y á sus discípulos el haber arrancado de paso algunas espigas para comerse el grano. Todos ayunaban con frecuencia, y algunos de ellos hasta dos veces por semana, el lunes y el jueves; daban limosna en público para ser notados; se amarilleaban el rostro para aparecer grandes ayunadores, y seducian con sus brillantes palabras al pueblo ignorante y á las personas sencillas, que se privaban de sus bienes

para enriquecerlos. Persuadieron á los judíos que el haber descendido de Abrahan segun la carne era una distincion que los colocaba naturalmente sobre todos los demás pueblos.

Esta es la razon del altivo desprecio con que miraban á los griegos, á los romanos y á todos los extranjeros. Como solo pensaban en distinguirse de los demás hombres, multiplicaban sin limites las prácticas exteriores, pero descuidaban lo que habia de mas esencial en la Religion, y propagaban todas sus ideas, por ridículas y contrarias que fuesen á la ley de Dios, como tradiciones auténticas.

Estas pretendidas tradiciones, de que tanto misterio hacian los Fariseos, las hallamos en los libros de los judíos que se escribieron cerca de cien años despues de la resurreccion de nuestro Señor. Es imposible imaginar las frívolas cuestiones de que aquellos libros están llenos. Hé aqui algunas de ellas: ¿Es permitido el dia de sábadó montar un asno para llevarlo á abrevar, ó bien conducirlo por el cabestro? ¿Es permitido el dia de sábadó andar sobre un terreno recién sembrado, pues se corre el peligro de llevarse con los piés algunas semillas y por consiguiente sembrarlas? ¿Es permitido este mismo dia escribir letras suficientes para que formen sentido? ¿Es permitido comer un huevo aovado en este dia? Sobre la purificacion de la levadura rancia antes de Pascua: ¿Se debe volver á purificar una casa cuando se ve pasar por ella un raton llevando algunas migajas de pan? Y otros mil casos de conciencia de igual naturaleza de que está lleno el Talmud con sus comentarios¹. Tales eran los Fariseos: nuestro Señor, que en todas las ocasiones desenmascaraba su hipocresía, no tuvo enemigos mas mortales.

La segunda secta era la de los Saduceos. Segun todas las apariencias, rechazaban las tradiciones de los antiguos, y no se atenian mas que á la palabra escrita, ó á la Escritura que admitian ó interpretaban á su modo. Reconocian que Dios ha criado el mundo con su poder, y lo gobierna con su providencia; que habia obrado un número infinito de prodigios en favor de los judíos, y que habia establecido castigos y recompensas para gobernarlos, pero creian estos castigos y recompensas puramente temporales. Así pues, negaban la resurreccion futura y la inmortalidad del alma; no servian á Dios mas que en consideracion á los bienes de este mundo, y se entregaban en extremo á los placeres de los sentidos.

¹ Véase Fleury, *Costumbres de los israelitas*.

Tenian poca union entre sí, y poca autoridad sobre el pueblo: era escaso su número, pero pertenecian á la principal categoría de la nacion, y lo eran hasta algunos sacrificadores. Nuestro Señor les confundió dirigiéndoles una pregunta á la cual no supieron contestar. Hé aqui el sentido de sus palabras: Creéis en la Escritura, y sin embargo negais la inmortalidad de las almas, ¿cómo es, pues, que en la Escritura Dios se llama el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob mucho tiempo despues de la muerte de estos Patriarcas? Dios no es el Dios de la nada, el Dios de lo que no existe: deducid por consiguiente que aquellos Patriarcas no han muerto enteramente, porque Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos.

La tercera secta era la de los Esenios. Honraban á Moisés como al primer legislador, considerando como otros tantos blasfemos á los que hablaban mal de él, y condenábanlos á muerte; estaban en oposicion con los Fariseos, porque rechazaban las tradiciones, y con los Saduceos, porque creian en la inmortalidad del alma; y sus principales errores consistian en negar la resurreccion de los cuerpos y en considerar el alma como una materia en extremo sutil, que atraida al cuerpo por un encanto natural estaba encerrada en él como en una cárcel.

Los Saduceos solo vivian para el cuerpo, y los Esenios, por el contrario, juzgando que todo cuanto halaga el cuerpo aumenta la esclavitud del alma, profesaban una moral de extrema severidad: huian de las ciudades populosas, sus bienes eran comunes, y su alimento muy sencillo; dedicaban muchas horas á la oracion y á la meditacion; su modo de vivir tenia alguna semejanza con el de los Profetas, y hasta los habia que guardaban continencia y llevaban una vida enteramente contemplativa.

La cuarta secta era la de los Herodianos. Su nombre demuestra que habian principiado á aparecer en el reinado de Herodes: se cree que eran personas pertenecientes á la comitiva de este Príncipe, á sus soldados y funcionarios; estaban enlazados con los Fariseos, porque se encuentran siempre juntos en el Evangelio, y profesaban una moral muy peligrosa, pues nuestro Señor creyó necesario prevenir á sus discípulos contra su impuro contacto¹.

Los Fariseos, los Saduceos, los Esenios y los Herodianos eran, pues, las cuatro sectas que reinaban entre los judíos cuando vino

¹ Véase á Pluquet, *Diccionario de las Herejías*, discurso preliminar.

el Mesías, y falseaban la Religión, cuyo verdadero espíritu estaba próximo á extinguirse. Por otra parte, la verdad, que estaba espi- rando entre las naciones, hubiera acabado por sucumbir si Dios no se hubiese apresurado á acudir en su auxilio, pues nunca el mun- do habia necesitado tanto una nueva revelacion. Y no se hizo es- perar: el Deseado de las naciones bajó en aquel momento supre- mo, esplendente de luz desde las colinas eternas.

Habia además entre los judíos una clase de hombres de que se habla con frecuencia en el Evangelio: quiero hablar de los Escri- bas. Dábase este nombre á las personas instruidas, á los doctores de la ley, cuyo cargo consistia en copiar y explicar los Libros san- tos. Algunos fijan el origen de los Escribas en la época de Moisés, otros en la de David, y otros en la de Esdras, despues del cautive- rio. Aquellos doctores eran muy apreciados entre los judíos, y ocu- paban la misma categoría que los sacerdotes y los sacrificadores, aunque sus funciones eran muy diferentes.

Distíngüanse en ellos tres clases: los *Escribas de la ley*, cuyas decisiones se recibian con el mayor respeto; los *Escribas del pueblo*, que eran magistrados, y finalmente, los *Escribas comunes*, que eran notarios públicos ó secretarios del Sanedrin ó Synedrio.

Añadamos á esta reseña de los hombres, entre los cuales debia pasar su vida mortal el Hijo de Dios, algunos pormenores sobre el país que iba á santificar con su presencia.

Cuando nació el Mesías, el territorio de la Palestina se dividía en tres provincias: Samaria, Galilea y Judea propiamente dicha. He- mos visto que la nacion de los hebreos, compuesta de doce tribus, se habia dividido en dos reinos en tiempo de Jeroboam, hijo de Sa- lomon, y que las diez tribus cismáticas tomaron el nombre de rei- no de Israel, cuya capital fue Samaria. Este reino fue asolado por los reyes de Asiria y convertido en un desierto en castigo de su ido- latria; Salmanasar envió al país colonos extranjeros para reempla- zar á los antiguos moradores conducidos cautivos á Ninive; pero los recién llegados fueron casi enteramente devorados por leones, por haber llevado sus ídolos á la Tierra Santa.

Cuando Assaradon, rey de Ninive, supo esta catástrofe, envió un sacerdote judío con una nueva colonia para restablecer el culto de los samaritanos. Esta colonia abrazó la religion judáica, y los nuevos samaritanos fueron llamados *prosélitos de los leones*, porque el temor á estos animales les habia determinado á seguir la religion de los ju-

díos, de la cual se apartaban sin embargo en tres puntos principa- les: 1.º de toda la santa Escritura solo admitian los cinco libros de Moisés; 2.º rechazaban las tradiciones de los doctores judíos, y se atenian tan solo á la palabra escrita; 3.º sostenian que debia ren- dirse culto á Dios en el monte Garizim, donde le habian adorado los Patriarcas, en vez que los judíos querian con razon que solo se le ofrecieran sacrificios en el templo de Jerusalem.

Los judíos los consideraban, pues, como cismáticos, y era tan ex- tremado el odio que les inspiraban, que se hubieran creído manci- llados con su trato, y en su lenguaje el solo nombre de samaritano equivalia á una grosera injuria. Tales eran los samaritanos, habi- tantes de una parte del antiguo reino de Israel.

La segunda provincia de la Palestina, en tiempo del Mesías, era la Galilea. Casi la mitad de las diez tribus llevadas en cautiverio á Ninive se aprovecharon de las circunstancias para regresar sucesi- vamente, y en crecido número á la vez, á una parte del territorio del reino de Israel, su antigua morada. Reedificaron en él numero- sas ciudades, y el país que ocuparon se llamó la alta y baja Gali- lea, donde se hallaba la pequeña ciudad de Nazareth. La parte de la Galilea limítrofe á la Decápolis, ó la Siria de Damasco, llevaba tambien el nombre de Galilea de las naciones, porque los israeli- tas estaban confundidos allí con los gentiles en cuanto á la socie- dad civil, aunque sin comunicarse respecto á la religion.

La tercera provincia de la Palestina era la Judea propiamente dicha: componíase del territorio de las tribus de Judá y de Benja- min, y estaba ocupada por los restos de estas tribus, al volver del cautiverio de Babilonia. Los hebreos que habitaban esta parte de la Palestina y eran dueños de Jerusalem y del templo se llamaban propiamente judíos. Sus sumos sacerdotes llevaron sucesivamente el nombre de jefes de la nacion santa, hasta que habiéndose apo- derado los romanos de la Palestina, los judíos se vieron obligados á recibir un soberano de manos de sus conquistadores.

La Judea quedó reducida entonces á una provincia en provecho de Augusto y de sus sucesores, y los mismos judíos reconocieron á los Césares por sus soberanos, y no tuvieron ya libertad de ejecutar á los criminales que habian condenado á muerte sin haber obtenido el permiso del emperador ó del presidente que mandaba en su nom- bre. Ninguna otra circunstancia prueba mejor que el cetro habia salido de sus manos; y los hijos de Jacob, advertidos por el céle-

bre vaticinio de su padre moribundo, debieron confiar que el reinado del Mesías no estaba lejano. Veremos en la leccion siguiente que su expectacion era fundada.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber venido Vos mismo en persona en auxilio de la verdad que perecia en la tierra, y por habernos sacado de las tinieblas del Paganismo para hacernos gozar de la luz admirable del Evangelio. Divino Reparador, haced que nunca sigamos á otro soberano que á Vos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, pondré el mayor esmero en estudiar esta segunda parte del Catecismo.

LECCION II.

NACIMIENTO DEL MESÍAS.

Expectacion general,—entre los judíos,—entre los gentiles, en Oriente,—en Occidente.—Edicto del emperador Augusto.—Viaje á Belen.—Nacimiento del Mesías.—Circuncision.—Adoracion de los Magos.

Desde que Alejandro pasara á Oriente, los judíos estuvieron sometidos á diferentes príncipes, aunque sus sumos sacerdotes conservasen el titulo y la autoridad de jefes de la nacion. Aquellos reyes extranjeros se habian mostrado sucesivamente avaros, crueles, impíos y perseguidores, y habian saqueado los tesoros del templo, asolado el país, proclamado el culto de los ídolos, y hecho morir en los suplicios al santo anciano Eleazar, á la madre de los Macabeos, y á sus siete hijos. Finalmente los romanos, no contentos con exigir un tributo de este pueblo, que se creia libre por naturaleza, le habian quitado el poder soberano.

Los Fariseos y el pueblo, que no daba oidos mas que á sus opiniones, sufrían impacientes este estado; cuanto mas abrumados se sentían por el yugo de los gentiles, mayor desden y odio concebían contra ellos, y solo deseaban ya un Mesías que fuera guerrero y temible para las potencias que los esclavizaban. Así pues, dando al olvido tantas profecías que les hablaban tan expresamente de sus humillaciones, no tuvieron ojos ni oidos mas que para las que les anunciaban triunfos, aunque muy diferentes de los que deseaban. Error fatal que los arrastró al deicidio.

No olvidemos que esta ceguedad es una prueba de mas en favor de las profecías. En efecto, estaba vaticinado, sí, estaba vaticinado que el pueblo elegido seria infiel, ingrato é incrédulo; que negaría al Cristo, que le daría la muerte, y que por consiguiente los judíos serían rechazados por Dios, y vivirían errantes, sin rey, sin sacrificio, sin altar y sin profeta, esperando la salvacion sin encontrarla ¹.

¹ Dan. ix, 26; Osee, iii.